



## Con alma de niña. Entrevista a Rosa Navarro Durán

### Mariana Gabriela Chiarelli Bagur

Universidad Nacional del Nordeste  
Argentina

[marian.bagur@outlook.com.ar](mailto:marian.bagur@outlook.com.ar)

De una incuestionable humildad, además de la pasión y profesionalidad que destaca su trabajo, Rosa Navarro Durán, catedrática de Literatura española, de la Universidad de Barcelona, ha logrado abrir las puertas de los clásicos del siglo de oro, por medio de sus adaptaciones a los niños y por qué no, a los adultos. Entre sus obras podemos encontrar *El Quijote contado a los niños* (2005) *Tirante el Blanco contado a los niños* (2005), *Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez contado a los niños* (2006), *El Lazarillo contado a los niños* (2006), *El Cid contado a los niños* (2007), *La vida y poesía de Miguel Hernández contada a los niños* (2010), entre otras.

Además, es autora de textos académicos y divulgativos sobre la teoría literaria y el análisis textual: *Comentar textos literarios* (1990), *La mirada al texto* (1995), *¿Por qué hay que leer a los clásicos?* (1996)

Leer por primera vez el *Lazarillo de Tormes*, *la Odisea* o *El Quijote* (entre otros) a través de las creaciones de la doctora Rosa Navarro Durán, es ingresar en un mundo mágico de ilustraciones sutiles, con un léxico y una estilística moderna y sencilla, que no permite el aburrimiento ni la dificultad para su interpretación.

---

**Citación:** Chiarelli Bagur, M. G. (2017). Con alma de niña. Entrevista a Rosa Navarro Durán. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura* 27(2), 354-357.  
**DOI:** [dx.doi.org/10.15443/RL2728](https://doi.org/10.15443/RL2728)



¿Cuántos se han encontrado con el fracaso al leer estas obras clásicas?, porque no es lo mismo leer un texto que comprender lo que transmite. ¿Cuántos han fracasado con *la Odisea* y *el Quijote* en sus años de estudiante? ¿Cuántos lectores asiduos no lograron disfrutar y valorar realmente la belleza estilística de estas y tantas obras clásicas? Sin embargo, las adaptaciones de la doctora Navarro Durán, nos permiten comprender la belleza de este mundo clásico y descubrir el placer que encierran estas historias.

En la actualidad, con los avances tecnológicos, los jóvenes no disfrutan de la lectura, es casi un suplicio para ellos adentrarse en el mundo literario, en especial, el mundo de los clásicos del Siglo de Oro, sin dejar de mencionar que no están preparados para tales obras. Sin embargo, la doctora Navarro Durán ha sabido llegar a los más pequeños, con sus adaptaciones literarias, de una manera humilde, quien en su pasión y dedicación, ha sabido llegar a un público difícil (los niños y los adolescentes). Y esto explica el motivo que esta entrevista lleve un título tan particular en homenaje a su persona.

Escuchar sus conferencias y sus anécdotas, lleva a pensar que sus adaptaciones deberían aplicarse en todas las instituciones educativas del mundo para motivar la lectura en las nuevas generaciones de niños.

M.C.B.: ¿Cómo surgió este proyecto de adaptar los clásicos del Siglo de Oro para los niños?

R. N. D.: Me gustaría decirle que fue una idea largamente meditada, pero mentiría: el azar llamó a mi puerta, y yo le abrí. Un día del verano de 2004, la directora de las ediciones infantiles y juveniles de la editorial Edebé, Reina Duarte, me llamó para preguntarme si querría adaptar para los niños el *Quijote*, porque al año siguiente se celebraba el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de la genial obra de Cervantes. Y en lugar de decirle que no, porque nunca había escrito para niños, le pedí una semana para pensarlo; y en ella quise comprobar dos cosas: a) si sabía hacerlo, y b) si me gustaba hacerlo. Descubrí que me lo pasaba maravillosamente adaptándolo porque me imaginaba el público infantil que podría tener delante. Luego di a leer unos capítulos a un niño, hijo de una amiga mía, y me pidió más: eso quería decir que no me había salido mal.

Ese fue mi comienzo. Luego vi que el azar me había llevado de la mano a un lugar en el que yo podía ser útil a los demás, porque podía intentar que no desaparecieran un montón de clásicos. Si los ponía al alcance de los niños y de los jóvenes, no iban a quedarse llenos de polvo en las estanterías de las bibliotecas, convertidos en una serie de volúmenes impresos, perdiendo así su condición de libros maravillosos. Hay que luchar por la transmisión de la cultura, que hace a los seres humanos personas; y yo procuro contribuir a ello con un pequeñísimo grano de arena.

M.C.B.: ¿Cómo fue su reacción al ver el éxito que logró con la publicación de su primera adaptación?

R. N. D.: Primero fue una total sorpresa porque no podía imaginarme que tuviera tal éxito y fuera traducido a tantas lenguas. Luego, hice del éxito mi aliado para convencer a la editorial Edebé de que era necesario seguir adaptando clásicos; y así lo que había sido la idea de un libro se convirtió en el comienzo de una colección: "Clásicos contados a los niños".

M.C.B.: ¿Qué leía, cuando era niña?

R. N. D.: Me encantaban todo tipo de historias; recuerdo muy bien, una colección de cuentos (de Andersen, de Grimm) muy bien ilustrados, que releía una y otra vez, porque es muy importante tener el libro a tu alcance. Estoy totalmente en contra del reciclado de los libros de lectura: los libros son baratos, muy baratos si se compara su precio con el de cualquier juego, con las entradas a cualquier espectáculo; y el niño tiene que ver los libros en su casa, tiene que tenerlos cerca para poder releerlos cuando tenga gana de hacerlo. Si se leen solo en el colegio, acabarán olvidándose. Mi placer de niña era ver en mi habitación esos libros que encerraban esas historias

apasionantes, era como tener cerca un mundo infinito y maravilloso de fantasía y aventuras.

M.C.B.: ¿Qué siente, cuando los niños están frente a usted, hablando de personajes como el Lazarillo de Tormes, Ulises o Don Quijote?

R. N. D.: Me olvido de todo: solo quiero captar su atención, su interés, y para ello intento contarles esas historias maravillosas de la forma más atractiva posible. Recuerdo que un día estaba en la Feria del libro de Madrid, sola en la caseta de la editorial Edebé, y se me acercó un niño y empezó a hojear “mi” *Odisea*; le pregunté si quería que le contara lo que ese libro decía. Me hizo que sí con la cabeza, y yo empecé a narrarle una de las aventuras de Ulises. Lentamente desapareció de su vista el mundo porque sus ojos estaban fijos en mí; cuando acabé, el niño sin vacilar le dijo a su padre: “Papá, cómprame este libro”. Fue un momento inolvidable para mí.

Cuando comparto con los niños la evocación de las vidas de esos personajes maravillosos, me siento realmente feliz. Un día, estaba firmando un *Lazarillo* a un niño, que no me llegaba al hombro (yo estaba sentada), y me dijo: “Rosa, ¿cuál crees tú que es el golpe más fuerte que le dan a Lázaro?”. Yo le dije: “El garrotazo del clérigo porque se quedó tres días sin sentido”. Y él, dudoso, me replicó: “¡Y qué me dices del jarrazo del ciego!”. Casi lo abrazo de la emoción, porque conocía tan bien la historia de Lázaro como yo: era un personaje que él no iba a olvidar nunca. Es la cultura compartida desde la raíz de la persona.

M.C.B.: ¿Qué clásico disfrutó más en su trabajo de adaptación?

R. N. D.: En todos; porque, como les cuento a los niños cuando me hacen esa pregunta, ¡si se entera un escritor que prefiero a otro, se pondrá celoso!

M.C.B.: ¿Cuánto tiempo tarda en terminar una adaptación? ¿Qué tiene en cuenta para realizarla?

R. N. D.: El tiempo que tardo es más o menos medio año, aunque alguna adaptación me costó algo menos porque el libro me lo sabía de memoria y era poco extenso (me refiero al *Lazarillo*). Primero leo dos veces la obra, que ya conozco previamente, para tener muy clara en la cabeza su estructura, y luego empieza la selección de episodios, de pasajes, hasta conseguir saber cómo voy a redactar la adaptación, cuál va a ser su organización. Sigue la tarea de la redacción, capítulo a capítulo, con el texto al lado para no cometer ningún error. Y, por fin, la lima: releo por lo menos tres veces lo escrito en el ordenador, y luego lo imprimo para releerlo de nuevo. Si tengo que hacer aún muchas correcciones, lo imprimo de nuevo; si no, lo doy por definitivo. Le confesaré que solo cuando ya empiezo a saber de memoria lo escrito, decido darlo por bueno y lo mando a la editorial. Tengo además el consuelo de saber que voy a corregir pruebas y que, si algo no ha quedado bien, entonces lo veré, con la distancia que me dará el tiempo transcurrido.

M.C.B.: De acuerdo con su investigación, *El Lazarillo de Tormes*, su autor “anónimo” tenía nombre, Alfonso de Valdés.

R. N. D.: Es una larga investigación que empezó también por casualidad. Había leído un montón de veces el texto y no me había dado cuenta de algo que de repente advertí: que el último párrafo del prólogo no formaba parte de él, sino que era ya el comienzo del relato de Lázaro. Esa aparente nimiedad me llevaría a años de estudio, de investigación (sigo en ello) acumulando datos para demostrar no solo que la lectura que se hace de la obra como relato picaresco está equivocada, sino que quien la escribió dejó dibujada en ella su perfil ideológico: un erasmista que señala los vicios de una Iglesia necesitada de reforma y al mismo tiempo un partidario entusiasta del Emperador (y no de Fernando el Católico, su abuelo).

M.C.B.: ¿Ha recibido más críticas que apoyo por parte de sus colegas catedráticos?

R. N. D.: Así es; pero como contra la verdad, no hay argumentos, han escogido el camino del insulto piadoso y la desautorización en vez de la senda del razonamiento y la argumentación.

Y, por tanto, no han acabado con mi ánimo para seguir investigando en ello. Curiosamente, mis aliados son los profesores de Institutos de Enseñanza Media, de escuelas; porque día a día me escriben más alumnos interesándose por lo que digo y profesores me piden que vaya a sus centros escolares a hablarles de mi investigación.

M.C.B.: ¿Cuánto tardó en hacer este descubrimiento?

R. N. D.: Como fue una cadena de razonamientos, me costó bastante llegar a la figura de Alfonso de Valdés, a pesar de haber editado yo sus dos *Diálogos*. Quizás tardé un año en entender el sentido de la obra; solo cuando me di cuenta de lo que realmente estaba contando Lázaro y a quién, pude ver con claridad la ideología de la obra. A partir de ella era muy fácil llegar a la figura del máximo defensor de Erasmo en España (y corresponsal suyo) y a la vez secretario de cartas latinas del Emperador. Pero no significó el final de mi investigación, solo la puerta que abría el largo camino; acabo de concluir ahora una edición de la obra, a la que he puesto muchas notas que aclaran muchísimos pasajes, y va precedida de una muy larga introducción en donde doy cuenta de todo lo que he averiguado hasta este momento.

M.C.B.: ¿Puede mencionar algunas razones su autoría a Alfonso de Valdés?

R. N. D.: Como le he dicho, el autor es indudablemente un erasmista entusiasta y un cortesano al servicio de Carlos V: esa es una pista importante, la ideología del texto. Otra es la vida cotidiana que se plasma en él: la de los años veinte del siglo XVI y no la de la mitad de siglo, como dicen las historias de la literatura (aporto los datos precisos que lo certifican). Si además se leen cuidadosamente los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés, se advertirá que su sátira tiene el mismo blanco que la del *Lazarillo de Tormes*: los clérigos viciosos (faltos de caridad, amancebados, crueles), los cortesanos vanidosos que mienten a su señor porque no les interesa más que medrar. Hay muchas, muchas concordancias en palabras, en expresiones, en la lengua de los tres textos. A menudo asoman en las tres obras lecturas comunes, desde las *Comedias* de Torres Naharro, o las de Plauto, a *La Celestina* o al *Conde Lucanor* de don Juan Manuel. Hay más argumentos, pero acabaré con uno muy visible: no hay más que tomar las tres primeras letras del título de la obra, leerlas en sentido inverso al modo en que se leen los textos hebreos (la familia de Alfonso de Valdés era judía), y unir las a las tres últimas: *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. El comienzo: LAV, leído al revés, es decir VAL; más el final: DES, da el nombre del escritor: Valdés. De esta forma tan sencilla encriptó su apellido el autor de la obra en su título.

M.C.B.: ¿Considera que los clásicos son útiles para la enseñanza?

R. N. D.: Los clásicos son esenciales para la enseñanza: son los mejores libros escritos por los mejores escritores. Encierran auténticos tesoros: oro, plata y corazones. Pero no se puede obligar a los niños ni a los adolescentes a leerlos en la versión original porque les va a costar muchísimo, no todos van a poder acabar la lectura, y ese desmedido esfuerzo borra el placer de hacerlo. A través de las adaptaciones rigurosas y fieles al original, hechas por expertos, por filólogos que saben qué tienen entre manos, se puede lograr que los textos clásicos estén vivos, con toda su belleza, su diversión, su atractivo, y puedan los niños, los jóvenes ver en ellos los tesoros que guardan.

Ayer me dijo una profesora, muy satisfecha: “Mi hija, que no es nada lectora, está “enganchada” a tu adaptación de *La Celestina*. Está entusiasmada con la historia”. Mi alegría fue enorme, porque era indudable que una adolescente no lectora no hubiera podido adentrarse en el texto original de Fernando de Rojas; y así, en cambio, lo hacía suyo y gozaba con él.

diciembre de 2015